

R E S E Ñ A S

LA CIUDAD HERIDA*

Fernando R. de la Flor

Profesor de Literatura de la Universidad de Salamanca

Espero que no les parezca una desproporción y menos una inconveniencia el que la presentación del último libro de un brillante arquitecto corra a cargo de un filólogo, de un profesor.

Trataré de justificar desde la cultura del escrito y del pensamiento la importancia del libro de quien posee un saber práctico, pero que es también un eminente teórico y, en sentido riguroso, y tal y como lo veo un poeta, si se me permite decirlo.

En todo caso, su libro de hoy es un texto, como diría Gracián, **centauro**, obra centáurica en el sentido de que se sitúa en un punto de deriva, de inestabilidad entre naturalezas y saberes distintos.

Aunque al llamarlo libro centauro o libro de centauro, no quiero tampoco evitar con ello la referencia a que fue precisamente un centauro Quirón, el que enseñó a Teseo la construcción del laberinto y, como saben, luego él mismo se vio encerrado en este laberinto.

Pues esto tienen las estructuras mitopoéticas antiguas reservado como destino a la gran construcción, desde Babel a Kafka: el que simbolizan, antes bien que conquistas del esfuerzo humano, los lugares donde fracasa su utopía misma.

Con lo que aquí en este mito del centauro tenemos ya insinuada una alegoría antigua de la arquitectura, del lugar simbólico que ocupan los arquitectos en el mundo de hoy y, también, de la propia posición de discurso desde la que Antonio Fernández Alba (AFA) ha construido sus visiones sobre la crisis finisecular de la ciudad.

La ciudad herida

Esta violenta y expresiva metáfora que el autor ha elegido en esta ocasión como lema para el conjunto de ensayos aquí reunidos tiene una larga genealogía. Evoca una densa manera de representar la ciudad, insertándola en una perspectiva en la que se resalta su idea, su condición dramática.

Según creo no se trata de que la ciudad *esté* herida, sino más bien de que la condición de la ciudad *es* herida. Al menos así siempre ha sido en esas tradiciones mitopoéticas más sólidas a que me refería y que verdaderamente han construido su imaginario, nuestra idea de ellas.

Ahora bien, ¿cuál es la herida de la ciudad?

¿En qué consiste su desgarradura?, su descosido, su desahacerse, en qué punto o puntos se localiza esa ruptura de la trama de su organicidad y de su cuerpo, a lo que llama, muy precisamente, «herida».

Hay que decir de esta herida que no se trata en realidad de algo objetivo y que sólo la podemos situar con propiedad en el espacio de lo simbólico y de lo imaginario.

Es más una herida cuyo borde se puede recorrer en la geografía imaginaria y mítica de la ciudad, que en la realidad topográfica de la misma, donde en verdad las operaciones de sutura continuadas crean, en realidad, más que la imagen de un cuerpo orgánico herido, la figura de un *golem*, es decir, de un cuerpo que estuviera remendado y recosido, y al fin monstruoso e irreconocible, en donde de la herida no quedan sino las cicatrices de la cirujía de hierro que el capital aplica a la superficie del mundo.

148 Yo creo que este libro ha recorrido el total de las intensidades históricas en que esta herida ha ido coagulando, a medida que se perdían, una tras otra, las utopías centrales que han organizado el imaginario urbano entre nosotros, los occidentales.

Este libro es el resultado de la integración de todos los discursos y también decursos históricos que han localizado el malestar en la ciudad y el fracaso de sus aspiraciones platónicas en todos los escenarios posibles donde ésta ha tomado cuerpo.

No solamente estamos, pues, ante un libro de sensibilidades y de tensiones históricas, sino que, al inventario de fracasos y temores históricos el arquitecto ha sabido ahora unir el último y preciso de los sentimientos de que nos acompaña la mirada crepuscular sobre la ciudad de hoy. Dejemos este momento nuestro para lo último.

Y si tuviéramos que registrar los momentos estelares por los que atraviesa el pensamiento de la crisis urbana que aquí se insinúa y se delimita.

Diríamos, primero, que, en efecto, la ciudad más importante, la ciudad de la aspiración metafísica, la ciudad que se pretendía sagrada y amparada por los dioses, cualquiera que éstos fueran, está tocada de muerte.

No es sólo que San Agustín llegara a situar la ciudad celestial en otro mundo, arrebatando en verdad a la tierra su posibilidad de terminar siendo la ciudad de Dios, y rebajando por ello infi-

nitamente el valor de las ciudades seculares en medio de las cuales ya vivimos sin idea de trascendencia alguna.

Es que sucede también que la proyección metafísica, la elevación o sublimación hacia lo sagrado de la ciudad moderna se ha vuelto imposible, y se ha hecho, además, evidente de una manera dolorosa y física ante nuestros ojos.

Pues existe entre nosotros la conciencia irrefutable que incluso la conurbación inmensa y moderna, el complejo Los Ángeles o las ciudades populosas de que al presente se cubre un mundo, ya urbanizado en el 50% de su población, son solamente, a la postre, un modo de la finitud material; y en efecto, tan sólo un punto minúsculo en la profundidad del espacio-tiempo.

Quiero decir que han perdido sus raíces y amparo en el cosmos, si alguna vez lo tuvieron, de lo que da idea esos planos del cine americano donde acabada la película un cenital se va alejando progresivamente de la urba que se sumerge en la infinitud de la noche como una luz irrelevante entre otras luces, algunas de ellas extintas.

La ciudad ya no asombra, y ni siquiera habla con antaño de un gesto demiúrgico que tuviera algo de sagrado en su exceso y algo de cósmico y universal también.

De repente a los modernos se nos ha ido de golpe el complejo de orgullo, el complejo de Babel, diríamos. Es un efecto más de la posmodernidad: el exceso, la plétora no hace sino revelar con más fuerza la carencia y la precariedad en que se mueven las coordenadas de lo humano. La ciudad, la construcción de hoy es babélica en el sentido brueghliano. Los modernos la vemos como una clepsidra y filtro del tiempo y de los tiempos (y también de los espacios). Lo que se eleva y estructura es la parte decreciente siempre de lo que allí se desestructura, gotea, se derrumba, se desconstruye y muestra sensibilidad, capta este segundo momento.

El orden gigante revela la condición caída de eso humano, al modo en que un Piranesi ya mostró con contundencia cómo las ruinas de la clasicidad heroica reducían los cuerpos contemporáneos a la categoría de humunculos y monos viviendo entre los restos talados de los órdenes arruinados.

Esta ciudad metafísica y trascendente *ciudad de los héroes del espíritu* (que pudo ser entre nosotros Toledo un día, que era sobre todo ese Escorial que supone, como bien dice AFA, la voluntad de albergar una mónada de eternidad entre nosotros) está tocada de muerte para los poetas (y menos para los funcionario y para los políticos y para los comerciantes que viven del vértigo de la plusvalía y no tanto de la percepción del déficit).

Y es que, en efecto, han sido los mismos poetas quienes se han complacido en acabar con el régimen de la ciudad metafísica, si recuerdan también por ejemplo a ese Lucrecio que después de describir un universo inmisericorde, unos vastos cielos ya sin dioses impenetrables y callados culmina su poema fundador *De rerum natura* trasladándose a describir cómo la peste (es decir la herida) destruye Atenas y la reduce a polvo.

Imposibilidad, herida, de la ciudad metafísica, pero imposibilidad también de la ciudad del tiempo, definitivamente perdida para nosotros.

Toda ciudad es ciudad en ruinas. Es más, de creer a Freud, nuestra misma siquie está construida al modo de una ciudad con las ruinas conservadas de los sucesivos estratos en verdad irreconponibles.

Este libro sobre la percepción y conciencia de la ciudad modula también la idea de nuestro poeta renacentista Rodrigo Caro cuando describe la tarea del hombre en el seno de su medio social e histórico y dice:

«Fabio: pon ahora la vista en estas largas calles destruidas.»

150 Y es que desde el humanismo, la ciudad ya sólo puede ser fragmento y pérdida de órdenes antiguos y ya superados y estadios del ser agotados; espacio al que ya sólo los arqueólogos y quizás también los amantes pueden dirigirle la mirada justa que ello precisa.

Como ese Polifilo que en el sueño de amor, la primera novela arqueológica y arquitectónica de la modernidad, avanza entre ruinas buscando el amor.

La ciudad del tiempo y de la historia es irrecuperable. Antonio Fernández Alba lo sabe, este arquitecto es un centauro, pero también es un Sísifo y yo le he visto subir y recomponer las piedras de grandes, importantes edificios con una actitud modesta, como la de quien sabe que el destino de todo orden es la entropía, que toda construcción tiende al estado natural de su desconstrucción esto melancoliza su escritura y pensamiento, ciertamente, pero no le impide obrar, construir.

Pero junto a estas ciudades que vamos viendo, también la ciudad de la política, la ciudad platónica, se encuentra al presente «herida de muerte».

La ciudad moderna en realidad, si somos honestos, sólo puede ser el lugar donde se visualiza el fracaso de la utopía social, donde el orden de lo injusto humano se da a ver, convertido en espectáculo.

Esto ha generado parte de un lenguaje profético que se expresa con ira sobre esta ciudad de la injusticia. Ello ha generado parte de un lenguaje profético que se expresa con ira sobre esta ciu-

dad de la injusticia. Ello desde Savonarola, pero también desde oscuros textos hispanos donde el carácter colonial de la metrópoli hispana aún resalta con más fuerza el desastre de lo humanitario que en ella se cumple.

Uno de estos profetas anónimos del siglo xvii español escribe:

«Sea glorificado el que tiene cuidado de los pobrecitos, levantando a los que están durmiendo en el rescoldo de la ceniza, entre los perros y gatos, y en los escondrijos asquerosos de la ciudad, para que con su mansedumbre justamente posean el lugar de los hinchados y soberbios que habitan los fuertes edificios alzados con la sangre de los miserales.»

Hay un desastre social, una debacle perceptible sobre todo en la metrópoli moderna y el arquitecto no se lo oculta ni, ciertamente, nos lo oculta.

Ciudad de la metafísica, ciudad de la historia y los anales, ciudad de la política, junto a ellas también la ciudad herida de la memoria.

Y según creo, gran parte del lenguaje en este libro vertido procede de este registro autoanalítico que opera con la conciencia de la fractura entre mundos, entre los ritmos de las cosas y la subjetividad, revelando entonces que la percepción es naturalmente también ella misma y siempre: herida.

Pues como dijo Baudelaire cuando el prefecto de París Hausmann estaba reestructurando «su» París:

Cambia París más nada en mi melancolía
se ha movido. Suburbios viejos, nuevos palacios,
bloques, andamios, todo se me vuelve alegórico,
y pesan más que rocas mis más caros recuerdos.

Y ya una última cuestión: entre tantas heridas como aquí tienen acogida en estas páginas y que han sido procesadas por los discursos mitopoéticos, ¿cuál sería ésta, si la herida peculiar a nuestro tiempo; ésa que el maestro ha sabido individualizar y definir con su precisión acostumbrada?

Ésa que está aún por teorizar y en la que este libro penetra con valentía inusitada.

Aquí según creo, pero yo no entiendo en realidad gran cosa de ello, se sitúa la mejor aportación del autor.

Él ha definido el nombre de nuestra angustia y nuestro malestar ante el paisaje de lo construido moderno y posmoderno.

Esta última y definitiva herida que recibe la ciudad es la herida del significado, o vale mejor decir, de su ausencia, de la hemorragia y pérdida de la significación de la ciudad.

Ese es el tema central de nuestro tiempo. Es en virtud de ello que nos parece hoy realmente vulnerada la ciudad.

Significantes y significados —éste es el nudo de la cuestión del drama moderno— han perdido su ligación, y ocurre que la arquitectura y el urbanismo es un lugar privilegiado para advertirlo.

No es sólo que no haya significación representable alguna en el hecho urbano posmoderno (o que ésta exista bajo la condición de engaño y trampantojo, de espectáculo y de telón oscuro).

Es también que el mundo pierde sentido, trascendencia, a medida incluso que proliferan sus significantes; incluso a medida que sus significantes se hacen más poderosos (y la arquitectura es el signo más potente de lo real, en tránsito ella misma también de hacerse virtual, fantasmática).

En la medida justa en que algo, el edificio, la ciudad se hace más espectacular, en esa misma medida se hace también más espectral.

Se ha perdido, en los términos del gran Unamuno, con el que Antonio Fernández Alba comparte patria chica, el valor espiritual de la ciudad, si se permite esta expresión romántica y trasnochada.

152 Se ha perdido, dicho en términos más justos, la posibilidad de que el hombre conecte su alma limitada a la gran dínamo ilimitada en sus fuerzas que es la ciudad.

El valor de cambio de las cosas, su grado gaseoso y especulativo supera ya ampliamente el de los viejos buenos valores de uso, mientras se penetra en consecuencia en dimensiones delirantes, fantasmales, donde el cuerpo, el propio cuerpo, ya no tiene peso, ni intervención alguna si no tal vez sólo aquella que le quede reservada en tanto espectador, en tanto *vouyeur*.

Este libro, quiebra modos consolidados de hacer prospecciones de futuro. Es un aporte valioso del libro, que no se deja timar por esa falsa imagen del futuro del tipo que se difunde en *Blade Runner*, futuro en donde las capas y fragmentos históricos arruinados conviven en estratos múltiples componiendo decorados de pesadilla.

No. Este libro ciñe el problema en torno a la cuestión central: la supresión de lo real, de nuevo la pérdida del significado, del sentido y no tanto la acumulación indiscriminada de sentidos.

En efecto, las cosas pierden (van perdiendo) espesor. Se va el calor de ellas, decía benjamín. El aceite del tiempo se evapora, hay escapes y fugas importantísimas en la trasmisión de la memoria. El ser, en términos herideggerianos, abandona su casa (o mejor dicho, su casa, su objetividad, su entourage, le abandona y le traiciona a él).

La razón de ser de las cosas, la vieja buena razón de ser de la arquitectura, se pierde un poco cuando ésta se traslada a la dimensión de lo fantasal, de lo virtual también, cuando ejecuta grandes operaciones para el llamado «estado cultural».

Son momentos graves de despedida. De adiós también a una cierta idea mitopoética de la ciudad. Se produce un cambio epocal, una nueva metamorfosis y un nuevo régimen de valores está ya aquí en todo insinuado.

Son pocos los que entran en este nuevo mundo o situación con la conciencia exacerbada del necesario duelo que ello inevitablemente implica y de la fuente testimonial que deben dejar de nuestro tiempo.

Las multitudes son anestesiadas como quería Debord en el gran espectáculo en que la cosmópolis ha de convertirse. Ello contiene promesas indudables, y nos tienta, en efecto, con su utopía de eficiencia comunicativa y final democratización total del planeta, donde las ciudades de la autarquía tiránica se abrirían por fin a los fluidos de una globalización total que es también una conurbación ya sin fronteras ni absurdos límites nacionales o locales.

Empero el espectáculo que se promete es aquello que para algunos, retraídos, pensadores, poetas tal vez, no se puede en verdad humanamente habitar. Con lo que, ciertamente, a los fracasos de las ciudades que antes he reseñado, habría ahora que unir la casi certeza del fracaso de la ciudad telemática, del tercer entorno en su conjunto y del urbanismo propio de la tercera revolución capitalista.

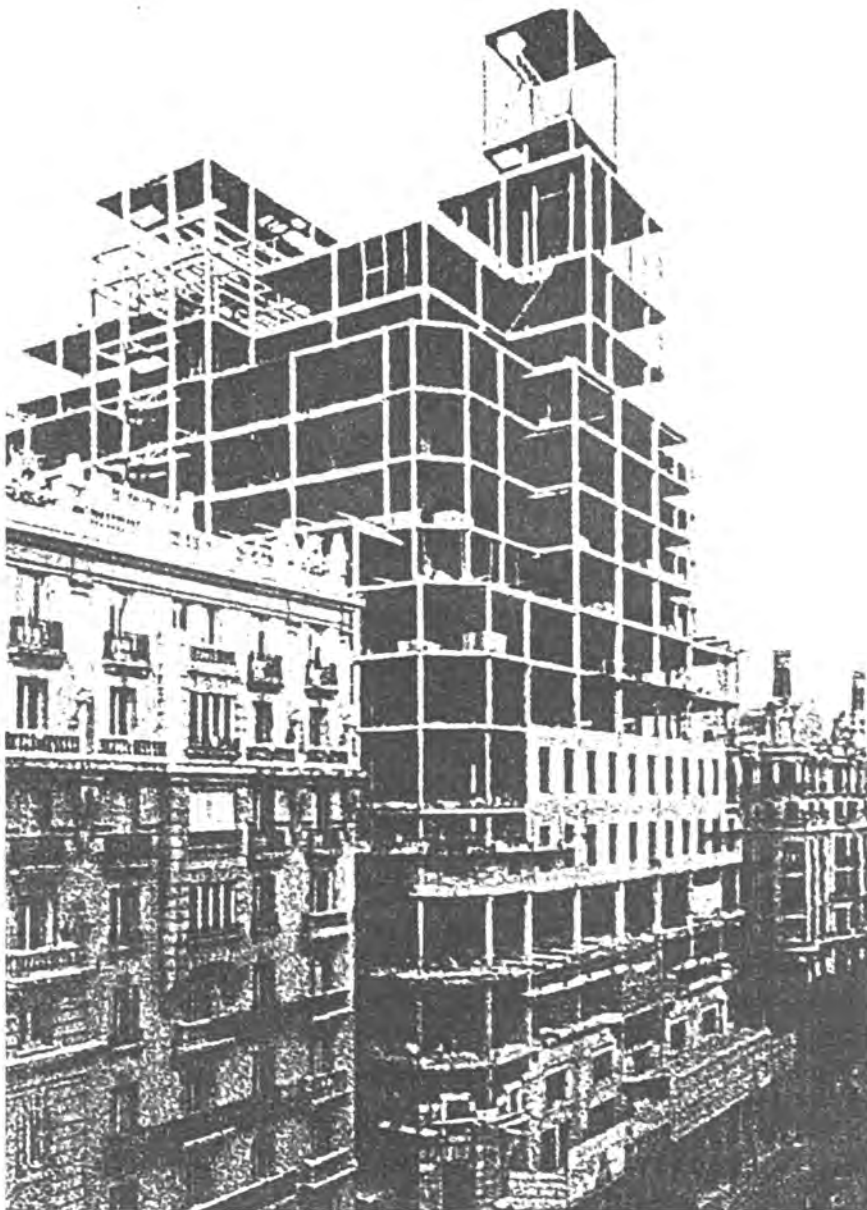
153

En el modo de situarse ante estos porvenires, reside, según creo, la alegoría central que nos propone la mirada de este arquitecto. La de un hombre singular, una *homo viator*, pongamos, él que se ha separado un poco de la condición reducida a espectador y del entusiasmo acrítico que han adoptado tantos de sus congéneres.

Colocado ante el escenario de los tiempos empuña todavía el instrumento antiguo y bien real de su profesión de arquitecto, tal vez esa antidiluviana pala que figura en su exlibris, y con ella, y con la imagen de la tierra y el trabajo real que el instrumento grosero y material tan bien emblematiza, trata de penetrar en la pantalla total en que está pronosticado debe convertirse la ciudad y el mundo que conocemos.

■ ANTONIO FERNÁNDEZ-ALBA. *La ciudad herida*. Huerga y Fierro Ediciones, col. La Rama Dorada. Madrid 2001. ■

* Texto leído por el profesor Fernando R. de la Flor en la presentación del libro *La Ciudad herida*, que tuvo lugar en el mes de junio en el Círculo BB.AA. de Madrid.



Muro abajo y cerramiento arriba. Edificio de la Telefónica en la Gran Vía, Madrid. Manuel de Cárdenas.